

ANA MARÍA AMAR SÁNCHEZ. *Instrucciones para la derrota: Narrativas éticas y políticas de perdedores*. Barcelona: Anthropos, 2010.

En su último libro Amar Sánchez explora la figura del derrotado y sus implicaciones ético-políticas en la literatura latinoamericana y española. Para ello se vale de un corpus muy extenso que abarca novelas, cuentos, ensayos, formas de testimonio y relatos autobiográficos producidas en los últimos cuarenta años. La autora viene a llenar el vacío de un tema que resulta recurrente en nuestra literatura y que ha sido abordado parcialmente a través de tópicos como el exilio, la diáspora, el desencanto, el trauma, las narrativas posdictatoriales y la memoria, entre otros.

*Instrucciones para la derrota* parte de la premisa de una diferenciación entre los perdedores o derrotados y, los fracasados. Al tomar partido por los primeros, quienes se resistirían a ser subsumidos por el sistema imperante de los ganadores, la autora establece una distancia infranqueable entre éstos y aquellos que se han resignado al fracaso. El derrotado, entonces, deviene en antihéroe ético. Su posicionamiento supone una forma de resistencia consciente y política que estará articulada a la preservación de una memoria silenciada y a una escritura que dota de sentido a la experiencia trágica y al trauma. *Respiración artificial* de Ricardo Piglia vendría siendo la ficción paradigmática que mejor expresaría la tesis de Amar Sánchez.

Frente a la derrota, las opciones de aceptación, transacción o resistencia son identificadas dentro de la bipolaridad entre fracasados y derrotados. El libro está estructurado alrededor de estos dos extremos. Los capítulos I y III dan cuenta de un mismo universo ideológico de enunciación. Obras como *Manual de perdedores* de Juan Sasturain, *Nombre de torero* de Luis Sepúlveda, los cuentos “La guerra civil no ha terminado” y “Aquel 23 de febrero” de Manuel Vázquez Montalbán, *La neblina del ayer* de Leonardo Padura, *El viaducto* de Darío Oses, *Morir en Berlín* de Carlos Cerda, *El jardín de al lado* de José Donoso, *La voz dormida* de Dulce Chacón, *El lápiz del carpintero* de Manuel Rivas, *La nave de los locos* de Cristina Peri Rossi, *Los*

*rojos de ultramar* de Jordi Soler, *El vano ayer* de Isaac Rosa, *El beneficio de la duda* de Alejandra Rojas, *Sol de medianoche* de Edgardo Rodríguez Juliá, *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusman; abogan por la irreductibilidad del antihéroe ético, bien sea concentrándose en la figura del derrotado o bien en su antagonista, el traidor o vencedor. El capítulo IV, por el contrario, exhibe la manera en que ciertas narraciones comparten una mirada empática con el vencedor o con el desencantado en obras como *Historia de Mayta* de Mario Vargas Llosa, *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, *Un exilado de tercera. En París durante la segunda Guerra Mundial* de Carles Fontserè y *El fin de la locura* de Jorge Volpi. El II capítulo constituye la base teórica sobre la cual se fundamenta el concepto del perdedor ético, articulándose a discusiones sobre duelo, melancolía, ética, política y representación del mal. Para ello, Amar Sánchez acude a textos de Freud, Arendt, Mouffe, Badiou, Agamben, Rancière, Reyes Mate, Traverso, Foster, entre otros.

Como el subtítulo del primer capítulo lo indica –“Breviario para el perfecto perdedor”–, Amar Sánchez introduce al lector en la caracterización del derrotado como un antihéroe ético: “Ser antihéroe perdedor, formar parte de los derrotados garantiza pertenecer a un grupo superior de triunfadores: el de los que han resistido y fundan su victoria en la orgullosa aceptación de la derrota” (25). Se trata de una resistencia que se funda en la permanencia sobre los bordes o en las afueras de lo profesional, lo geográfico o lo político imperante (19). El marginamiento de los personajes se nos presenta como una forma de poder. El exilio resultaría una forma de negación de los parámetros dominantes. La derrota se constituiría como un espacio ético de resistencia desde el cual se define una historia política *otra* (21), por oposición a aquellos espacios de los que transan o traicionan sus ideales, plegándose a los borramientos del poder hegemónico. La tragedia de los desaparecidos durante las dictaduras del Cono Sur, el trauma de la guerra Civil Española y la masacre del 68 en Tlatelolco resultan constantes en la memoria del derrotado que permanentemente subvierten los silenciamientos de la historia oficial. De allí, la importancia del antihéroe ético en su función de preservar la memoria y, de la valorización de la escritura como forma de resguardarla y reimaginarla. De especial interés resulta la figura del detective como un personaje que funda una ética privada al margen del sistema. Las novelas detectivescas latinoamericanas apuntarían a un sentido que no necesariamente está en consonancia con la ley. Los personajes de Sasturain, de Paco Ignacio Taibo II, de Manuel Vázquez Montalbán y de Santiago Gamboa “arrastran consigo la historia de su tiempo” (21) a la par que propondrían una ética que rechaza cualquier forma de connivencia con el poder.

En el segundo capítulo, Amar Sánchez cuestiona las categorías psicoanalíticas del duelo y melancolía usadas por Idelber Avelar en su libro *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo* para reflexionar sobre el trauma en algunas obras latinoamericanas. Siguiendo a Freud, la autora encuentra que ambas categorías no son aplicables a las narraciones de perdedores éticos ya que el duelo conllevaría a una



suerte de resignación y a la renuncia del objeto perdido, mientras que la melancolía no obedecería a una pérdida real. Anclado en históricas coyunturas trágicas, el antihéroe ético no sólo niega la extinción de las ausencias y pérdidas sino que además, las instituye como ausencias reales que perviven en su hoy. En la medida en que la escritura posibilita la convivencia con el pasado, lejos de ser “escrituras fracasadas” que se equipararían a la experiencia política fallida, como lo propone Avelar, la escritura y la ficción de los perdedores éticos, devienen formas políticas imaginarias de afrontar la derrota (77). Resulta interesante que, a pesar de echar mano del concepto de Agamben sobre la melancolía, Amar Sánchez no tome en cuenta sus posibilidades creativas al momento de reconfigurar lo inapropiable. En lugar de la melancolía, la autora opta por la nostalgia como forma de preservación de lo ausente. Ésta resulta una afirmación problemática si se piensa en que, por lo general, la nostalgia se asocia a un movimiento reaccionario de recuperación de un pasado idealizado e intacto, de espaldas al presente. Desde la misma rigidez ética del derrotado, la autora peligrosamente podría estar proponiendo una defensa de aquello que Svetlana Boym identifica como “una nostalgia restaurativa” en su libro *The Future of Nostalgia*. Apoyándose en Adorno y Arendt, Amar Sánchez lee en el retraimiento, el exilio, o el distanciamiento una forma de ejercicio de la libertad de conciencia frente a la “vida pública” consensual (79-80).

Su segunda reflexión teórica gira en torno a cómo pensar la política desde la figura del antihéroe ético. Para ella, se hace imperativa una rearticulación entre política y ética. La autora toma distancia de las premisas clásicas sobre la política que primaron a lo largo del siglo xx –Maquiavelo, Weber, Bobbio, Canetti, Enzensberger– que ven al Estado como única instancia política (94). Por el contrario, se apoya en una línea de pensamiento –Mouffe, Badiou Exposito y Agamben– que entiende lo político en conflicto con él. (90). Abandonar al Estado como única instancia de la política le permite anclarse en una política del desacuerdo (Rancière). A partir de Roberto Espósito, la autora establece una clara y útil distinción entre lo apolítico o antipolítico y, lo impolítico. La cualidad política de ese último, residiría en una resistencia que se refugia en la actividad del pensamiento ante lo que Arendt definía como “situaciones límites” (91). Se trataría de un posicionamiento que, siguiendo a Rancière, supondría un rechazo al consenso dominante y un instalarse en el desacuerdo como forma de resistencia. Amar Sánchez agrega además, que la figura del perdedor se equipararía a la del refugiado expuesta por Agamben, ya que suponen situaciones extremas de exclusión que se resistirían a las categorías identitarias nacionales (91-92).

En el terreno de la praxis política, la autora es consciente del riesgo que conlleva el radical aislamiento del poder, pudiendo desembocar “en un callejón sin salida” (95). Tomando en cuenta su insistencia en la dimensión a futuro que tienen las ficciones de los perdedores éticos, resulta paradójico que no advierta ese mismo peligro en la literatura. En algunos casos como en las obras de Peri Rossi o de Padura, su lectura no permite colegir una resistencia que pueda tener proyección utópica en el porvenir.



En relación a la ética, Amar Sánchez rechaza nociones universalistas y abstractas para –siguiendo a Badiou y a Onfray– concebir que la política del perdedor está al servicio de una “ética en situación” (99). La ética respondería así, a las convicciones autónomas del individuo por fuera de las convenciones dominantes. Constituiría aquello que Onfray denomina el “principio de Antígona” para referirse a la resistencia a aceptar los imperativos del poder en aras de la fidelidad a los propios principios (102). Otra de las preocupaciones teóricas de la autora gira en torno al problema de la representación del mal. Su apuesta es la de una ética de narrar la imposibilidad de narrar, de testimoniar lo intestimoniable. El mal, a su vez, tampoco se esencializa, ya que respondería a situaciones y coyunturas concretas. La literatura por la que aboga Amar Sánchez, no se rinde ante la idea de abandonar lo irrepresentable (118). Por último, en relación a la memoria, la autora se pliega a una noción benjaminiana de la historia, en la cual, los perdedores actualizan el pasado y cimientan las bases para una apertura utópica de cambio.

El capítulo III se ocupa de la contracara de los antihéroes éticos: aquellos perdedores que negociaron con el enemigo, que traicionaron su propia causa y, desde luego, los “vencedores repugnantes”. Esta sección se pasea por varias obras entre las que mencionamos de paso, *El pianista* de Vázquez Montalbán, *Como la piel del Camaleón* de Juan Francisco Martín Seco, *Los viejos amigos* de Rafael Chirbes, *Tiempo de venganza* de Francisco González Ledesma, *El ojo del alma* de Ramón Díaz Eterovic, *Sol de medianoche* de Edgardo Rodríguez Juliá, *Villa* de Luis Gusman y *Paso a dos* de Ramón Pernás. A la luz del cuento de Borges “Deutsches réquiem” la autora revisa la figura del vencedor. Sin embargo, el lector no deja de percibir ciertas ambigüedades que atentan contra la categorización irreconciliable entre derrotados y vencedores que se propone en el libro. Primero, porque todas las formas de transacción son inevitablemente asociadas a la traición y a la deshonra. Segundo, porque al igual que lo advierte Amar Sánchez, a veces, la figura de los vencedores se acerca sospechosamente a la de los vencidos. Esto sucede sobre todo en los casos en que sus principios resultan igualmente irreductibles o bien, en determinados desenlaces históricos en que no resultan victoriosos, como en el ejemplo del fascismo alemán; o claramente ganadores, como en el ejemplo de la democracia menemista. Amar Sánchez intenta domesticar estas ambigüedades apelando a una supuesta continuidad histórica de la razón de estos vencidos victoriosos, bien sea en el caso de la impunidad de los represores durante las democracias subsecuentes o bien, en el horror que siguió al de Auschwitz a lo largo del siglo XX. Al conjeturar que hay derrotas que, en realidad, han triunfado a largo plazo, la autora parece simplificar las variaciones de los distintos procesos y resultados históricos. Por ejemplo, el lector tiene la impresión de que una hipotética victoria de los nazis no hubiese cambiado el curso histórico que siguió Europa después del fin de la guerra. El argumento de la autora, además, adolece de la debilidad de que resulta reversible. También se podría deducir, en la imaginaria situación de que los republicanos hubiesen ganado la Guerra Civil Española, que el franquismo se habría impuesto tarde o temprano. Tal razonamiento



terminaría por cuestionar el sentido de cualquier lucha. Si, como arguye Amar Sánchez, estas narraciones nos obligan a tomar partido, las derrotas del enemigo no pueden ser relativizables. De lo contrario, se les resta agencia histórica sobre el devenir. Al citar a Zygmunt Bauman, la autora apunta al problema de fondo: la derrota o victoria *per se*, no garantiza la calidad ética de los bandos en conflicto. El hecho de que se identifique la derrota con una valoración siempre positiva, la obliga a menospreciar ciertos fracasos del enemigo, como meramente coyunturales o aparentes.

El capítulo IV se ocupa de aquellas narraciones que niegan eticidad a los derrotados. Suponen narrativas que rechazan a estos personajes y abogan por la ambigüedad o el desencanto. Partiendo de que no existe escritura o historia neutral (White, de Certau, Danto), la autora expone cómo las novelas *Historia de Mayta* y *Soldados de Salamina* se sostienen sobre juegos de manipulación textual, entremezclando historia y ficción para llevar al lector hacia una interpretación determinada que empatice con el vencedor o relativice las distancias entre éste y el derrotado. A través de la cercanía de ambas figuras en narrativas lábiles como *Batallón de perdedores* o *Un exiliado de tercera. En París durante la Segunda Guerra Mundial*, la autora ve una forma de despolitización, toda vez que se apela a una condición universal humana que ignora las circunstancias políticas y cancela la memoria del trauma. La victimización o humanización de los enemigos irreconciliables, apuntaría a una absolución de la culpa. Esta conjetura es discutible, ya que una comprensión de las razones del criminal o enemigo, no necesariamente conlleva a perdonar.

El capítulo se cierra con algunas narrativas del desencanto. Como el subtítulo lo anuncia, “El desencanto: una narrativa entre la utopía y el fracaso”, el entrelugar de este posicionamiento parece por momentos resistirse a la categorización binómica de fracasados y derrotados. El desencanto es definido por Amar Sánchez como un posicionamiento de repliegue que ha abandonado toda proyección utópica y se sumerge en la falta de sentido, el cinismo y la anomia. A diferencia del derrotado “en espera”, el desencantado ha perdido todo objetivo. Los personajes de Plinio Apuleyo Mendoza, Mauricio Electorat, Antonio Soler y Jorge Volpi ejemplifican este posicionamiento. Resulta problemático, sin embargo, asumir a *tabula rasa*, el desencanto como una negación de la utopía o como mero arrepentimiento. Asegurar que el escepticismo supondría un “espacio confortable” que acerca a los personajes desencantados a los vencedores parece desmesurado (218). El escepticismo también puede resultar una forma de cuestionamiento de las premisas dominantes, logrando aproximarse, en este sentido, mucho más a los derrotados que a los vencedores. Es difícil no reconocer en los personajes del primer capítulo, especialmente en los protagonistas de las novelas detectivescas, una posición desencantada que, sin embargo, no está reñida con una ética personal. A diferencia del antihéroe ético que parece inamovible a pesar de la derrota, el desencanto dejaría la puerta abierta para una reflexión autocrítica que lejos de acercarlo al vencedor, le lleve a reconfigurar estrategias para alcanzar la utopía,



no en un futuro inasible y siempre postergable, sino en el aquí y el ahora tal como lo concibe Benjamin. Podríamos entonces estar asistiendo al escenario de una “nostalgia reflexiva” (Boym), a otras formas de encarar esa “ética de la escritura” que, de manera incitante, nos propone Amar Sánchez. Una apertura hacia diversos posicionamientos con fines emancipatorios debería cifrar, también en la ambigüedad de la ficción, una posible herramienta discursiva contra el orden de los vencedores.

*Universidad de Lisboa*

MAGDALENA LÓPEZ

ELENA ALTUNA. *Retórica del desagravio. Estudios de cultura colonial peruana*. Salta: CEPIHA Centro Promocional de las Investigaciones en Historia y Antropología-Universidad Nacional de Salta, 2009.

Este conjunto de diez ensayos comparten el estudio del discurso colonial en el Perú en el que surge y se desarrolla el sujeto criollo entre los siglos XVI y XVIII. En estos estudios, siete de los cuales fueron publicados en revistas académicas entre los años 1997 y 2008, se analiza al criollo en su espacio de enunciación y en sus prácticas de escritura. Dichas prácticas se sitúan alrededor de un eje geopolítico que establece una correspondencia entre espacio geográfico, de poder y sus enunciaciones. De esta manera, los estudios de Altuna distinguen entre el espacio que se configura como el centro de poder (la metrópolis: “allá imperial”) y su periferia (las colonias hispanoamericanas: “acá colonial”), espacio marginado y desprovisto de poder. Enseguida la autora apunta espacios intermedios entre metrópolis y colonias. Dichos espacios (“acá”) se localizan en la periferia del centro imperial pero se convierten en centros de poder local (Lima, Cuzco, Potosí) y plantean, por lo tanto, nuevas periferias (espacios rurales). En estos espacios se desenvuelven los sujetos criollos y acriollados de la colonia peruana que estudia Altuna. Dichos sujetos miran el “allá” imperial y lejano desde su “acá” colonizado y hablan desde su espacio de enunciación. A continuación reviso temas cruciales para el sujeto del “acá”, cómo habla de ellos, qué selecciones opera y con qué objetivo.

El primer tema es la lejanía y el extrañamiento de los sujetos colonizados en relación al centro del poder. La experiencia de la lejanía del rey tiene como efecto la toma de consciencia de un sujeto excluido del poder, su diferencia y su búsqueda de definiciones identitarias. Dicha lejanía se expresa mediante el motivo del rey ausente y el “allá imperial”. Este tema nutre documentos cuyo objetivo es acortar la distancia geopolítica y enunciativa con diferentes fines pragmáticos: los colonos españoles de



Tucumán piden reconocimiento de sus méritos; las cartas privadas de inmigrantes del Perú intentan sentar la base de una memoria familiar; la descripción de lo notable simula un “acá colonial” semejante o mejor que el “allá imperial”. El espacio notable por su significación negativa es resultado de la corrupción de la conquista europea y los ciudadanos de las colonias se consideran partes del cuerpo monárquico español.

“Territorio y memoria en las probanzas de méritos” analiza las peticiones dirigidas a la Corona por los colonos cuyo reconocimiento de servicios se traduce en privilegios. En este marco, estos sujetos pre-criollos tratan de acortar la distancia y, con ello, sus problemas. Altuna añade el sesgo genérico al ir de la memoria oficial (el conquistador) a la memoria personal (la viuda del conquistador). En una línea similar, “Imágenes del Perú” examina los relatos de colonos que describen los lugares escogidos para instalarse aplicando una estrategia de seducción para atraer a familiares. Las descripciones exageradas de las bondades de las Indias conforman un imaginario del “acá” que se opone a la miseria del “allá” aunque no puede desconocer el prestigio de los orígenes europeos. Se observa aquí el inicio del criollo en el siglo XVI.

“*Contra toda mudanza*” se ocupa del imperativo real por conocer en detalle todo lo que sucede en Indias. Algunos autores tratan de mantener la ilusión de objetividad controlando su asombro ante la diferencia, mientras que otros expresan el impacto del Nuevo Mundo en su propio cuerpo (sentidos), su experiencia presencial (testigo) y memoria. En ambos casos, es interesante observar la retórica de lo notable, aquello que se selecciona según la diferencia. Esta idea del cuerpo como espacio de experiencia colonial parte del reconocimiento del cuerpo místico y monárquico del cual todo ciudadano se siente parte (“Metáfora del cuerpo”). Del espacio del cuerpo, la autora retoma el espacio de las Indias en su aspecto negativo. “*Tambos y caminos del Perú*” examina las representaciones de los lugares de tránsito y de descanso en el sistema andino de caminos. Dicho sistema ha experimentado un cambio de significados: de la eficiencia administrativa inca a la corrupción de estas intersecciones difíciles de controlar desde el “allá,” una zona de contacto (como diría M. L. Pratt) en la que las repúblicas de indios y españoles interactúan. Otro ensayo que se acerca al espacio amenazante del “acá” es “*Ciencia, aventura y público*” que se ocupa de tres viajes científico-exploradores a la selva amazónica a fines del siglo XVIII. Vemos aquí cómo el viaje científico que observa lo extraño se convierte en el viaje de aventura y supervivencia de una mujer, Isabel Godin, en lo diferente americano que sólo se hace legible para el europeo a través de la ficción. Con el relato de este viaje, Altuna ofrece una mirada al sujeto criollo femenino.

De esta manera, la diferencia del espacio colonial geopolítico y enunciativo descubre la heterogeneidad del espacio peruano que contribuye a la definición del criollo desde el siglo XVI. En este proceso, el sujeto hispanoamericano se apropia de la escritura y reitera funciones o crea nuevas posibilidades contra la lejanía y el extrañamiento: dejar memoria de su historia, construir la nación criolla (“Pagando lo que se debe”, “Historia de la ciudad”) denunciar agravios y solicitar remedios. El primer ensayo, “Pagando



lo que se debe”, expone la emergencia del criollismo militante entre 1620 y 1630 en la crónica conventual. Entendida como “libro infinito” porque refleja la palabra interminable de Dios, la crónica moralizadora de Antonio de la Calancha aboga por la autoridad del criollo como el mejor escritor que supera su posición subalterna frente a los peninsulares. A su vez, mientras que el criollo tiene gran ingenio, el peninsular es idólatra y analfabeto. El criollo es capaz de salvar la memoria de su patria entre otras razones porque puede reconocer la eficacia de la escritura española e inca (quipus). En una línea semejante se encuentra el texto que se estudia en “El discurso de la ciudad”, una historia laudatoria de Potosí en la que lo marginal, el Cerro Rico descubierto por los Incas, se convierte en el centro de la riqueza novoamericana, creando así el espacio propicio para el éxito del criollo en los Andes.

Los dos últimos estudios de este volumen, “Retórica del desagravio” e “Indios nobles, mala mezcla” abordan la denuncia del agravio y la propuesta de remedios desde el lugar enunciativo de sujetos criollos e indios nobles acriollados. “Retórica del desagravio” investiga la fricción entre criollos y peninsulares y la lucha por la identidad. A partir de dos memoriales del siglo xvii (1630 y 1640), la autora examina el estereotipo tropicalista de los criollos y su lucha por una autorepresentación ideal que también tiene que evocar al rey lejano y ausente al mismo tiempo que evitar el olvido del lejano “acá”. Por su parte, “Indios nobles, mala mezcla” estudia los textos de Vicente Mora Chimo Cápac (1732) y el de Calixto Tupak Inka (1749) quienes apelan al rey, denuncian agravios y vejaciones contra los indios y usan el *leitmotiv* del acabamiento de los indios o la condición indígena de extranjería dentro de su propio espacio. Frente a estas denuncias, los textos de 1748 de Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa (*Discursos y reflexiones*) observan lo que sucede en el reino y recomiendan remedios. Por otro lado, el acriollado Alonso Carrió de la Vandra, Concolocorvo, propone en su *Lazarillo* (1776) derogar las nominaciones “fastidiosas” de identidad. Estas denuncias y remedios inician un plan de desagravio en el siglo xviii que, lamentablemente, quedará inconcluso.

Para acercarse a los discursos que recorren las prácticas de escritura abordadas en estos ensayos, la autora parte de propuestas teóricas que se ocupan de la construcción textual, la colonialidad y las relaciones de poder que ésta origina. Así Altuna utiliza la categoría de “representación” de Roger Chartier; las “estructuras del sentir” de Raymond Williams; la reflexión sobre el poder, el saber y su manifestación verbal de Michel Foucault; las ideas sobre culturas coloniales hispanoamericanas de Rolena Adorno y Walter Dignolo; las lecturas analítico-literarias de Carlos García Bedoya, y el concepto de “conciencia criolla” que desarrollan los estudios de Bernard Lavallé.

El análisis de temas y documentos que ofrece Altuna se alinea con los trabajos de diversos estudiosos. Por ejemplo, el tema de la ausencia del rey (López-Baralt 1989) y la representación simbólica de su cuerpo en el sello real (quilca del rey) de Tom Cummins y Joanne Rappaport (1998). Asimismo, el espacio de la heterogeneidad se estudia con la propuesta de la “zona de contacto” de M. L. Pratt (1991). El espacio descontrolado





del tambo ha sido deconstruido en detalle por Mónica Morales (2006). Finalmente, la tradición de la escritura como remedio en los siglos XVI y XVII ha sido examinada en el libro publicado por esta reseñadora (2006). En suma, la colección de Altuna nos ofrece una mirada crítica a una serie de documentos que abren una ventana al amplísimo mundo discursivo colonial pendiente de estudio.

*Michigan State University*

ROCÍO QUISPE-AGNOLI

RALPH BAUER y JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI, eds. *Creole Subjects in the Colonial Americas. Empires, Texts, Identities*. Chapel Hill: The University of Carolina Press, 2009.

La época colonial hispanoamericana, en sentido estricto, engloba algo más de tres siglos de historia literaria, más concretamente, desde 1492, con la llegada de Cristóbal Colón al Caribe, hasta 1808, año en que el trono español quedó vacío con la abdicación, ante Napoleón Bonaparte, de Carlos IV y su hijo Fernando VII, lo que facilitó la rápida eclosión de los movimientos independentistas hispanoamericanos. En el caso brasileño, las fechas marco serían 1500 y 1822; mientras que en el caso norteamericano, las fechas abarcarían un período de tiempo entre ca. 1620 y 1776. La denominación de época colonial atiende, pues, a motivos políticos, históricos y geográficos, luego no estrictamente culturales o literarios. Si bien en la reciente historiografía crítica de las literaturas y culturas latinoamericanas el adjetivo colonial se ha impuesto con gran éxito, no deja de ser parcialmente un anacronismo considerar colonial lo que durante varios siglos recibió el nombre de las Indias, con sus diferentes virreinos, o América Portuguesa (el Estado del Brasil). Hecha esta aclaración histórica, es necesario resaltar, no obstante, que el término colonial incide en la condición de territorio sometido política y culturalmente, en este caso sometido a Inglaterra, España, Portugal, Francia y/o los Países Bajos. Y en esa línea, los recientes estudios culturales y literarios centrados en esta larga y cambiante época histórica buscan, principalmente, conocer e interpretar las voces silenciadas e híbridas del “otro”, incidiendo en temáticas de género, lingüísticas, étnicas, sociales o de reivindicación política.

En el marco de estas premisas interpretativas, el libro editado por Ralph Bauer y José Antonio Mazzotti tiene por objetivo estudiar los procesos de criollización en la América colonial, tanto la inglesa como la que hoy día se encuadra bajo el término de América Latina, detectando semejanzas y diferencias, con el fin de conocer mejor el desarrollo



y consolidación de una determinada comunidad identitaria definida por su carácter criollo, luego distinto al de las metrópolis –Madrid, Lisboa, Londres–, así como con la voluntad de delimitar con cierta precisión las diferentes tendencias protonacionalistas del continente americano. Se aprecia un mayor conocimiento de los procesos históricos y coloniales de dominación hispánica e inglesa, respecto a los de dominación lusa, hecho que se hace evidente cuando los editores atribuyen una inexistente ocupación neerlandesa de Río de Janeiro, en el siglo xvii, al tiempo que reducen la ocupación de Pernambuco a Recife y obvian la de Salvador de Bahía y su recóncavo (27). No obstante, creo que este error puntual debe ser leído, más bien, como un aliciente para un mayor intercambio multidisciplinar entre especialistas que centran su investigación en las diferentes áreas geográficas de la América colonial. En esa línea, este libro es un más que sólido pionero académico.

La reflexión sobre la subjetividad criolla y la conformación de una identidad diferente a la metropolitana ocupa un espacio central en este libro. Además, por regla general, el conjunto de ensayos no se ciñe a las actuales fronteras estatales, sino que busca establecer puentes entre las perspectivas atlánticas y hemisféricas, tanto históricas como literarias, y así trazar las características básicas de los discursos criollos y su relación con el/los discurso/s de la/s metrópoli/s. A modo de consciente autocrítica, los editores dejan constancia de que contribuciones tanto sobre la América francesa colonial como sobre la América neerlandesa colonial habrían enriquecido los ya ambiciosos objetivos del libro (3 y 57).

La concepción geocultural del término criollo implicaba, en la época colonial y desde una perspectiva eurocéntrica, una degeneración o decadencia civilizatoria causada, principalmente, por el clima y la astrología, o por ambos motivos. Así, las nuevas formaciones culturales surgidas durante esos largos tres siglos han sido analizadas, básicamente, desde dos líneas de investigación: la que considera que la identidad del Viejo Mundo se mantiene de forma relativamente presente, con sus variantes, y la que propone, por el contrario, que el sincretismo o lo híbrido, desde un punto de vista cultural, vienen a ser la tónica dominante, por lo menos la más interesante de ser estudiada. La muy estimable introducción del volumen (especialmente 1-42 y 52-57) centra su atención en las élites criollas, luego las más susceptibles de ser analizadas bajo esa dicotomía aparentemente excluyente: sujetos todavía culturalmente europeos o sujetos ya otros, ya creativamente adaptados al Nuevo Mundo. El resultado de la lectura de la mayoría de los ensayos es que interesa construir, por motivos de precisión cognitiva, una tercera categoría intermedia: sujetos ambivalentes, en constante proceso negociador de su identidad. La introducción plantea por extenso el estado de la investigación, así como las premisas y los objetivos de los editores. Las contribuciones se dividen en cuatro grandes bloques: 1. Nuevos mundos, nuevos imperios, nuevas sociedades; 2. La geografía cultural de las estéticas criollas; 3. Cuerpos criollos: raza, género, etnia; y 4. Políticas criollas de la memoria y del conocimiento. Cierran el volumen una sección



con las minibiografías de los autores y un valioso índice temático y de autores citados. Una cuidada selección de trece interesantes ilustraciones en blanco y negro permiten visualizar de forma óptima y didáctica algunos de los ensayos.

1. Nuevos mundos, nuevos imperios, nuevas sociedades. Carlos Jáuregui aporta una reflexión sobre la importancia del canibalismo, uno de los tópicos más recurrentes en las representaciones europeas de la alteridad americana, y lo relaciona con la eucaristía, ya en el siglo xvii y en las obras de Sor Juana Inés de la Cruz. Partiendo de la premisa de que la compleja estética barroca habría sido fundamental en la conformación de la expresión criolla, Jáuregui viene a afirmar, antes de glosar generosamente los versos de la décima musa, que “America substitutes anthropophagy with the Eucharist” (80). Su interpretación de la loa *El Divino Narciso* le sirve para aventurar que Sor Juana, sin dejar de ser leal al marco político del imperio, también era capaz de resaltar la particularidad americana. La contribución de David S. Schields parte de las dos narraciones, aparentemente contradictorias, que conformaron el discurso inglés colonial: la primera resalta una Inglaterra civilizadora y la segunda, elogiando la gloria y beneficios que, a título individual, los ingleses podían conseguir por medio de la audacia y el valor, enfatiza, por el contrario, el ejercicio de la violencia. En el marco de la posteriormente denominada Leyenda Negra, las intervenciones inglesas en los territorios de los virreinos americanos pudieron ser interpretadas, en determinados contextos históricos, como una lucha de liberación de las élites locales frente a la opresora metrópoli, pero dicha interpretación pasó a fallar, como ejemplifica certeramente Richards, con la intervención inglesa en el Río de la Plata y Buenos Aires, en 1806, cuando los independentistas argentinos consideraron que Inglaterra pretendía ocupar el espacio vacío dejado por España. El artículo de Raquel Chang-Rodríguez analiza la famosa *Corónica* de Guaman Poma de Ayala, descubierta en 1908 en la Real Biblioteca de Copenhage, donde todavía se conserva, con la intención de delimitar su concepción de criollo, que, sorprendentemente, “include Indians that have acquired the mores of criollo Spaniards.” (134). El objetivo de Guaman Poma de Ayala habría sido el de definir qué grupo social o étnico sería el idóneo para administrar el Virreinato del Perú. Según la interpretación de Chang-Rodríguez, para Guaman Poma de Ayala los gobernadores perfectos serían los cristianos ejemplares, luego defensores de los indígenas, al tiempo que leales al monarca –a fin de cuentas, su *Corónica* va dirigida a Felipe III–, lo que lo lleva a presentarse como varón óptimo: “the author presents himself as the perfect protector of the Andeans, and the ideal adviser to the Spanish monarch” (134). Jeffrey H. Richards centra su investigación en la América británica, concretamente, en la variada producción literaria de Chesapeake, a finales del siglo xvii y durante la primera mitad del xviii, para mostrar que el término “creole” va ampliando sus matices, con el paso del tiempo, para incluir “the cultural adjustments of the migrating generation” (135). Es decir, los migrantes británicos que comprendieron que no volverían a Europa pasaron a asumir “an identity peculiar to the environment of the Chesapeake” (135). Richards concluye



su contribución demostrando la muy compleja relación que establecen con la identidad criolla los diversos autores tratados en su ensayo: “outright resistance”, “grudging recognition of the process”, “satiric affirmation” o “lament”: “the writers demonstrate their own conflicts of identity between home as Britain and home as found” (160). El texto de Yolanda Martínez-San Miguel debe mucho a su libro *From Lack to Excess: Minor Readings of Latin American Colonial Discourse* (2008), y viene a proponer una interpretación de las letras coloniales en el marco de una dicotomía que, por un lado, tendría una “foundational aphasia”, presente ya en los *Diarios de viaje* de Colón y, por otro, una “excessive repetition”, encontrable, por ejemplo, en la *Brevísima relación* de Las Casas (180), también entendida como una “redundant description”, visible en las cartas de Cortés (182). Como conclusión, Martínez-San Miguel considera que una descripción afásica implicaría una falta de control político-ideológico del territorio, al tiempo que un exceso del lenguaje “represents the struggle for the ideological or political possession of the New World” (186). El rígido modelo dicotómico elegido y el corpus utilizado, por mucho que la autora recomiende su ampliación, debilita la capacidad argumentativa de su artículo.

2. La geografía cultural de las estéticas criollas. El trabajo de Stephanie Merrim se centra en un detenido estudio de la estética barroca en los textos de Sor Juana Inés de la Cruz, para afirmar que la décima musa “calls for a renewal of the original (metropolitan) poetic space” (218), al presentar literariamente el archivo mexicano en la corte, pasados doscientos años del arribo de Colón a América, a modo de afirmación criolla de la pujante literatura producida en el virreinato. La contribución de Jim Egan analiza la obra de la décima musa, pero en este caso no la muy citada Sor Juana, sino la poeta Anne Bradstreet, también así denominada en una publicación de sus poemas: *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America*, fechada en 1650. Objetivo del estudio es indagar en la identidad “of those people who lived outside England proper but wanted to retain their Englishness” (220), y en este sentido, la obra poética de Bradstreet resulta ser un ejemplo de capital importancia. Por un lado, viene a mostrarnos que la *translatio studii*, “like the sun, traveling from Eden to Jerusalem to Babylon to Athens to Rome to, at long last, London” (225), habría llegado ya a América, a la Massachusetts Bay; y, por otro, hace patente que Bradstreet se consideraba “English as anyone who lives in the British Isles” (240). En este sentido, las páginas firmadas por Egan sirven para recordar, lúcidamente, lo muchas veces olvidado por otros críticos: la identidad de los británicos –así como la de los portugueses, castellanos, vascos, catalanes, valencianos, cristianos nuevos, conversos, marranos, nobles, hidalgos, etc., de la península ibérica– era, en el siglo xvii, mucho más fluida de lo que se suele admitir, por lo que no se puede utilizar como polo monolítico, cuando comparada con la identidad criolla americana, que, por esas fechas, ganaba cada vez más proyección y autoafirmación. El artículo de Lúcia Helena Costigan, tras recordar, citando a John H. Elliot, la poca atención prestada por la crítica a algunas regiones fundamentales de la América colonial, se centra en



la presencia de los cristianos nuevos en la América Portuguesa, los cuales “saw the Americas as a place where they could start a new life without the limitations that they faced in the Iberian Peninsula during the sixteenth and seventeenth centuries” (243). Su estudio se centra en tres autores nacidos en Portugal, *crístão-novos*, pero que vivieron la mayor parte de su vida en Brasil –Bento Teixeira, Ambrósio Fernandes Brandão y Manuel Beckman–, contribuyendo, así, a su consideración académica en relación con el centro colonial por excelencia, en cuanto que más estudiado en las universidades europeas y norteamericanas: la ciudad de México. El texto de Lisa Voigt también aboga por suavizar el excesivo protagonismo de los grandes centros urbanos en la conformación de la identidad criolla en Hispanoamérica. Así, estudia los espectáculos de las ciudades mineras de Minas Gerais (Vila Rica y Mariana) y Potosí, con la finalidad de “to ask whether and how one can trace a discrete creole identity in these areas, distant from the political and intellectual centers of their respective empires [...] and without such important cultural institutions as universities, printing presses, or, in the Brazilian case, religious orders” (265). Tanto las entradas de los obispos como las festividades del Corpus sirven para que los autores locales realicen una “self-celebration” (290) que los espeja en su propia identidad, pues estos actos, aún más que para celebrar el triunfo de la alianza entre trono y altar, servirían para alabar la grandeza local.

3. Cuerpos criollos: raza, género, etnia. Esta tercera parte se abre con un texto de Kathleen Ross sobre la obra historiográfica de autores menos conocidos, entre ellos la de Juan Suárez de Peralta. Se trata de autores de la segunda generación, ya nacidos en América, la cual dio continuidad a la de los autores españoles que narraron o poetizaron la conquista. En el análisis del caso de Suárez de Peralta, se apreciaría una dualidad entre la incipiente y todavía insegura auto-conciencia criolla de la primera generación y la ya más consolidada, propia de unas décadas más tarde, que representaría de forma emblemática la de Sigüenza y Góngora. En la misma línea argumenta Teresa A. Toulouse, si bien analizando la figura masculina del criollo en textos centrados en las mujeres cautivas, todos escritos en la puritana New England a finales del siglo XVII; concretamente, el texto de Mary Rowlandson sobre su propio cautiverio y el texto de Cotton Mather sobre el cautiverio de Hannah Swarton. En la evolución identitaria de las élites puritanas de New England, Toulouse aprecia que “[e]ven passionately orthodox third-generation men can neither sustain nor produce the same ambivalent identity position as their second-generation fathers” (333). El siguiente texto, firmado por Luis Fernando Restrepo, estudia la obra historiográfica del mestizo Lucas Fernández de Piedrahíta, que había ascendido socialmente gracias a su posición de sacerdote, y concluye que su paternalística descripción de la cultura Muisca legitima “the violent social order that made possible Piedrahita’s own success” (351) pero, al tiempo, crea una “imagined community different from other regions in the Indies and from Peninsular society, but one where the region was still conceived as an integral part of the Spanish Empire” (351). Esta descripción generosa de la cultura Muisca aportaba a la identidad criolla



en formación un cierto reconocimiento, orgulloso, de su patria chica; y, ya a principios del siglo XXI, el rescatarla desde la academia representa para Restrepo una oportunidad de crear “the conditions needed to work in solidarity with the indigenous intellectuals” (353), lo cual llama la atención para el importante valor simbólico, en el sentido incluso de capital simbólico, de conocer y estudiar las diferentes culturas que se desarrollaron durante la denominada América colonial. El texto que cierra este apartado lo firma Susan Scott Parrish, quien analiza textos de William Byrd II, capitales a la hora de considerar la apropiación criolla de la ignota naturaleza americana, alterando el “given European language” (356), sin renunciar, no obstante, a una dependencia cultural respecto de la metrópoli: “Byrd, tutored in and by the satirical practices of the wits in London and in the colonies, was able to see and record the makeshift quality of his expedition’s attempt to reduce nature to an imperial / scientific construct (of measurement, naming, and graphic representation) on the southern frontier” (372).

4. Políticas criollas de la memoria y del conocimiento. El primer ensayo de esta cuarta y última parte lo firma José Antonio Mazzotti, uno de los dos editores del volumen. Se centra en el mito de El Dorado, específicamente en sus referencias y reformulaciones del siglo XVII, luego no tanto en las más conocidas del inicio de la conquista. La reapropiación de este mito por parte de la élite criolla peruana, ya en la segunda centuria de presencia española en el continente, como demuestra Mazzotti, buscaba transformarlo en una imagen de superioridad moral, religiosa y cultural (410) frente al Viejo Mundo, como una forma de participar en mejores condiciones en el proyecto imperial hispánico, del cual el Virreinato del Perú, jurídicamente, era un reino más, no una colonia en el sentido que se le dio durante los procesos de expansión europea propios del siglo XIX. El texto de Jerry M. Williams analiza la *Historia de España vindicada* (1730), del erudito Pedro Peralta Barnuevo, sabio muy alabado entre sus contemporáneos, como una contribución criolla a la propia identidad, pero sin romper los lazos de lealtad con la península ibérica: “Peralta sees himself as serving both the monarchy and its American colony” (415), en una época ya borbónica, luego con influencia cultural francesa, en que los hechos de armas comienzan a perder preeminencia frente a la labor de los hombres de letras: “Peralta conceives of himself as a modern warrior of the state, whose weapon –the pen– defends the *nación* as valiantly as had any soldier” (415). La obra de Peralta, como argumenta Williams, puede ser interpretada desde una línea de pensamiento coherente con “the transition from the employment of arms to shape conquest in the Old and New Worlds to the use of letters to articulate a changing transatlantic political and sociocultural order that fashions the *nación*” (441). Los dos últimos ensayos de esta cuarta parte, y también del libro, se ocupan de las políticas de la memoria en los tiempos poscoloniales, es decir, ya en el siglo XIX, cuando los nacientes Estados de América comenzaban a afianzarse como Repúblicas. En su ensayo, Ralph Bauer, co-editor del volumen, estudia la obra épica del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo y del norteamericano Joel Barlow y defiende la tesis de que la poesía épica permitía, en esos iniciales años de las jóvenes



Repúblicas americanas, un óptimo equilibrio entre transmisión de datos históricos y libertad o licencias poéticas, con el objetivo de apropiarse del pasado indígena americano para su funcionalización política independentista: “Both revolutionary epic poets thus attempt to construct an indigenous postcolonial American history rooted in the symbols of the New World landscape and in a mythic native American past [...] and substitute a discourse of nature for a protoanthropological discourse of race and culture rationalizing colonial difference; and both fashion themselves thereby as literary heroes inspired by their ‘bellious Muse’, bringing cultural independence analogous to the military hero’s bringing political independence” (463). Por último, Sandra M. Gustafson aporta una interpretación incomún de la obra de James Fenimore Cooper, especialmente de su novela *The Prairie* (1827), pues encuentra en este texto una posición ambivalente respecto al pasado indígena norteamericano, no tan excluyente a la hora de formar una nueva nación, como la crítica canónica ha solido ver tanto en su obra de ficción como en la ensayística: “Good creole that he was, Cooper defined himself as an American in relation to both indigenous and European traditions” (490), siendo que, en un momento de su percurso vital e intelectual, cuando estuvo en Europa, incluso identificó a la “native American heritage” con la “democracy” (490).

El actual interés de los estudios coloniales ha reemplazado la noción de “literatura” por la de “discurso”, pues la primera se ve limitada por una concepción eurocéntrica, que prima lo escrito sobre lo oral, además de que la segunda va más allá de los conceptos de autor, obra, período, género y movimiento literario, categorías de análisis dominantes en la tradición crítica occidental más tradicional. De esta forma se logra aprehender mejor las múltiples tensiones ideológicas, políticas y sociales de los textos y otras representaciones culturales del período, así como de los graduales discursos de ruptura, reivindicación y, finalmente, de marginalidad criolla y pugna por el predominio cultural frente a la metrópoli. Además, hoy día la vocación nacionalista de la crítica académica iberoamericana ha perdido fuerza, toda vez que el paradigma de la Modernidad ha entrado en crisis y los diferentes Estados nacionales latinoamericanos son entidades afianzadas en la geopolítica mundial actual. En este sentido, ha cobrado interés el estudio de las prácticas culturales dialógicas, transculturales, transfronterizas e híbridas, lo que ha implicado que la categoría reservada al sujeto haya dejado de restringirse al europeo o criollo y se haya abierto a todas las voces de la colonia –búsqueda del “otro”–, de modo especial a las voces subalternas, marginadas o subversivas (de género, étnicas, etc.), claramente infrarepresentadas en las investigaciones académicas hasta hace pocas décadas. Las más canónicas culturas y literaturas de la colonia no serían, así, solamente la representación de una ilusión de orden criollo en el caos colonial, sino una forma de solapar la construcción cultural de otros sujetos coloniales policulturales y multilingües en constante proceso de negociación identitaria y transformación.

Este volumen magistralmente editado por Bauer y Mazzotti concurre a ampliar los horizontes geográficos y, más importante, paradigmáticos de gran parte de la crítica que



ha dedicado sus esfuerzos a los tiempos coloniales de América. Las amplias perspectivas de miras, el recurso a una inteligente y necesaria contextualización histórica, la curiosidad que despiertan los ensayos y su sólida documentación –mención especial merece la muy bien armada introducción–, hacen de este volumen un texto básico para la evolución de los estudios sobre la compleja identidad criolla de los siglos XVI, XVII y XVIII en América. Este volumen viene a encuadrarse en los cada vez más frecuentes proyectos de investigación transatlánticos iberoamericanos, luego no únicamente hispanoamericanos, que indagan y se preguntan sobre las formaciones culturales compartidas y divergentes entre metrópoli y colonia, lo que permite, cada vez más, matizar mucho mejor la visión monolítica de la España o Portugal del citado período. En la península ibérica también convivían sujetos híbridos desde el punto de vista de género, religión (judíos conversos, moriscos), lenguas, etc., lo que imperiosamente exige que, al tiempo que es necesario evitar un anacrónico eurocentrismo, su contrario, un fácil protonacionalismo iberoamericano, también debe ser visto más que críticamente. Este conjunto de ensayos se adentra por caminos lamentablemente poco explorados y lo hace de forma sabia. El lector inteligente sabrá apreciarlo en su justa medida.

*Universität Bamberg*

ENRIQUE RODRIGUES-MOURA





DARLENE J. SADLIER, ed. *Latin American Melodrama: Passion, Pathos, and Entertainment*. Urbana and Chicago: University of Illinois, 2009.

Darlene J. Sadlier, la editora de *Latin American Melodrama: Passion, Pathos, and Entertainment* (2009), revela que el ímpetu detrás de este libro fue una conversación sobre la escasez de material en inglés que trate el tema del melodrama latinoamericano. Sin duda, este volumen de ensayos corrige esa falta, pero también establece los fundamentos de un marco histórico-crítico sobre el imaginario melodramático en la región. Nueve autores, incluyendo a Sadlier, que escribe la introducción y un capítulo, se acercan a las manifestaciones diversas del melodrama en el cine de ficción, el documental, y la telenovela. Desde sus enfoques particulares, los autores proporcionan análisis complementarios, logrando un retrato más completo del imaginario melodramático que se registra en el contexto de un país particular y que a la vez se conecta a la región en general. Un gran mérito del libro es justo esa dialéctica que todos los autores sostienen entre lo nacional, lo regional, y lo transnacional.

El texto se divide en una introducción y nueve capítulos. Sadlier señala en su introducción el alcance ambicioso de su antología crítica: se abarcarán las obras que pertenecen a la tradición del melodrama, de la Época de Oro hasta el presente. De ninguna manera se propone presentar un estudio exhaustivo de este tema tan largo y complejo en Latinoamérica; más bien Sadlier desea orientar al lector, dándole un resumen breve del melodrama al contrastar su historia en Hollywood con la de Latinoamérica, entretejiendo información sobre importantes películas latinoamericanas con unos comentarios breves sobre los ensayos críticos incluidos en este libro. Destila las tendencias claves que veremos en el melodrama de la región: el estilo transnacional, las colaboraciones transnacionales, la importancia de la música diegética, y la atención a los eventos históricos.

Sadlier también incorpora al Nuevo Cine Latinoamericano en su historia del melodrama, en parte por su crítica de ese cine anterior, pero también en parte por su flamante presencia en los festivales internacionales de cine. Ella elimina la conceptualización del cine viejo (el melodrama) y el Nuevo Cine (cine de compromiso) como fuerzas antitéticas; recalibra una valorización histórica, acentuando una continuidad del melodrama en unas expresiones del Nuevo Cine y en el auge de las telenovelas a partir de los años sesenta. A manera de conclusión, la autora enfatiza la popularidad del melodrama en la cultura latinoamericana (por su extensión y su variedad) que hace de este imaginario un asunto no puramente doméstico, sino un *gestalt* público.

Los primeros cuatro capítulos se remontan al cine temprano de México, Venezuela, Argentina y Brasil. Gilberto Pérez estudia la película clásica *Aventurera* dirigida por Alberto Gout (1949), para examinar la función de la protagonista “briosa” en este melodrama mexicano. *Aventurera* presenta a una heroína caída que la película celebra: es una guerrera que desafía a, y se venga de la sociedad, pero al final triunfa dentro



de ese mismo sistema. O sea, Pérez arguye que, al igual que la Nueva Comedia, esta obra renueva el orden social en vez de derribarlo. Y es ahí en esa contradicción interna de la película, la de ser transgresiva y conservadora a la misma vez, que se fijan las contradicciones de la sociedad burguesa en el melodrama.

Luisela Alvaray presenta un lúcido análisis del desarrollo del melodrama en el surgimiento del cine venezolano. La autora detalla las fuerzas transnacionales en esa historia, señalando la influencia del cine mexicano y el argentino de la Época de Oro, los acuerdos de coproducciones, el intercambio de técnicos y personal creativo, y las adaptaciones literarias. De tal forma, el imaginario melodramático en Venezuela ha contribuido a configurar un imaginario nacional, expresándose por medio de su cine popular, su cine de autor (como Román Chalbaud), y sus telenovelas. Alvaray concluye haciendo hincapié en la relevancia del melodrama en la Venezuela contemporánea —es uno de los países mayores productores de telenovelas en Latinoamérica y uno de los principales consumidores de melodrama.

Paula Félix-Didier y Andrés Levinson aportaron un muy necesario análisis sobre la función del melodrama en el imaginario nacional de la Argentina. Su capítulo examina el melodrama histórico argentino de *La Guerra Gaucha* (1942), dirigida por Lucas Demare, desde una óptica histórica. Basada en un volumen homónimo de cuentos por Leopoldo Lugones, la película se presta a una lectura alegórica de la lucha independista: la lucha ahora no es por la autonomía frente a España, sino por la independencia económica-cultural de las fuerzas británicas en los años cuarenta. Los autores arguyen que la forma del melodrama en *La Guerra Gaucha* (el exceso visual y verbal y la sobreactuación) fue crucial en su éxito y su lugar privilegiado en el panteón nacional del cine.

Cid Vasconcelos delinea el uso del melodrama en tres de las películas sobrevivientes de la dictadura brasileña del Estado Novo (1937-45): *Argila* (Humberto Mauro, 1940), *Aves sem ninho* (Raul Roulien, 1939), y *Romance proibido* (Adhemar Gonzaga, 1944). Estas películas usan el melodrama para retratar a la “nueva mujer” de la nación, una representante más bien de los valores y preocupaciones del Estado Novo. Por un lado, las mujeres en estas obras personifican una fuerza civilizadora al retar los viejos valores sociales y morales y al avanzar ideas nuevas y progresistas. Pero por otro lado, estos *films* recurren a los viejos modelos de la abnegación y el amor prohibido. Vasconcelos se fija en esa notable tensión del melodrama: es el género ideal para filmar una película nacionalista. Sin embargo, el empleo del amor prohibido dificulta imaginar una nación unida.

Los siguientes cuatro capítulos tratan el cine a partir de los años sesenta. Ismail Xavier se fija en dos películas del director brasileño Arnaldo Jabor, basadas en las obras literarias de Nelson Rodrigues. *Toda nudez será castigada* (1972) y *O casamento* (1975) reflejan una articulación exagerada e irónica del melodrama que desvela las contradicciones de un sistema patriarcal bajo la dictadura (1969-1974). Xavier describe los vínculos entre



una ideología conservadora y el imaginario melodramático, poniendo de manifiesto una “dialéctica de lo arcaico y lo moderno” en el Brasil de esa época. Será tal dialéctica, observada desde el lente del melodrama, la que expone las contradicciones de un proceso de modernización por una dictadura conservadora.

El capítulo escrito por Marvin D’Lugo también escudriña el empleo de la ironía, pero esta vez el blanco será el mismo melodrama y sus códigos. D’Lugo yuxtapone dos películas mexicanas por Luis Alcoriza, *Tlayucán* (1961) y *Mecánica nacional* (1971), para trazar cómo la estrategia metacinemática explora la persistencia del imaginario melodramático. Al ser autorreferenciales, estas películas parodian los recursos del melodrama mexicano (el sistema de estrellas, la iconografía cuasirreligiosa, el culto de la madre) para exponer su artificio y manipulación de sentimientos. A través de su análisis de las dos películas mencionadas, D’Lugo subraya que el melodrama defiende los valores patriarcales, en particular durante momentos de crisis.

Darlene J. Sadlier se enfoca en la película *Cinema de lágrimas* (1995), obra de uno de los fundadores del Cinema Novo de Brasil, Nelson Pereira dos Santos, comisionada por el British Film Institute en vísperas del centenario del cine. Pereira dos Santos utilizó la forma del melodrama para su *film* sobre el melodrama latinoamericano de la Época de Oro. Sadlier indaga el complejo juego entre las historias que los personajes miran en la pantalla y sus propias historias; el cine viejo forma parte del presente de los personajes y una parte importante del cine latinoamericano. La autora astutamente expone cómo este *film* contempla una versión más inclusiva de la historia del cine latinoamericano, eliminando la formulación antitética del cine viejo y el Cinema Novo y mostrando los puntos de contacto entre ellos.

El documental brasileño *Peões* (2004) de Eduardo Coutinho comprende el tema de las luchas obreras de los años sesenta. Según Mariana Baltar, este documental (como otros documentales contemporáneos) emplea el imaginario melodramático en vez de una narrativa melodramática para atraer atención a problemas sociales actuales. La autora recalca los elementos del imaginario melodramático en este *film*: el director y su interlocutor están en el mismo encuadre, creando un sentido de comunidad y complicidad, y se invita al entrevistado a compartir sus sentimientos sobre un evento histórico. De tal manera la estrategia afectiva se vincula al activismo político al atestiguar que el espacio privado entra en el espacio público.

Catherine L. Benamou analiza el melodrama televisivo transnacional, fijando la manera en que la industria, la narrativa, la estética, y la ideología se alteran ante la realidad migratoria de los espectadores y la programación televisiva de Latinoamérica. En los melodramas televisivos la autora detecta una negociación entre un énfasis de la expresión nacional y uno de la expresión panlatinoamericana, reflejando esa misma dinámica vivida por las varias comunidades diaspóricas de espectadores. Benamou ofrece una perspicaz interpretación de cómo los melodramas televisivos son un espacio de tensión (entre lo

local, nacional, y global), pero también un puente entre ellos. Conecta esa interpretación con las encuestas de unas comunidades latinas en los Estados Unidos, descubriendo que los espectadores prefieren una programación que aumente su conocimiento crítico de su entorno, con todas las tensiones y conexiones que se hallan en él.

En su totalidad, *Latin American Melodrama: Passion, Pathos, and Entertainment* suplementa y dialoga con los estudios en inglés sobre el melodrama, elabora una visión más coherente del melodrama dentro del contexto regional, y abre paso a nuevas interpretaciones del melodrama latinoamericano. Sin embargo, se nota en este libro, pese a sus muchos méritos, unas ausencias que podrían desequilibrar una interpretación del tema, en particular para los lectores no familiarizados con él dentro del contexto de Latinoamérica. Sadlier explica en su introducción que México, Argentina, y Brasil han sido los centros de producción cinematográfica de la región, y reflexiona en particular sobre la popularidad de los melodramas mexicanos y argentinos (101). Señala que a pesar de esa producción fuerte, los melodramas de Argentina y Brasil han recibido muy poca atención crítica, aún en sus propios países. Tiene sentido que este volumen intente subsanar esa carencia crítica en el caso de Brasil, pero desafortunadamente no logra hacerlo en el caso de la Argentina. Se limita el volumen a un ensayo sobre un melodrama histórico argentino, lo cual no puede, por excelente que sea el ensayo, darle al lector un sentido de la riqueza y el gran alcance de la producción de melodramas antes de la Segunda Guerra Mundial ni de su legado en las décadas siguientes y hasta el presente. Hay mención de algunas películas argentinas clásicas en el capítulo de Sadlier, pero son más bien puntos de referencia para comprender la película de Pereira dos Santos. También habría sido útil incluir un análisis del melodrama en Cuba y Colombia, por sus aportes a las radionovelas, telenovelas, y el cine. Al concentrarse tanto en Brasil (cuatro ensayos de nueve tratan el cine brasileño), el libro ofrece una perspectiva imprescindible y más amplia del melodrama en Brasil, aunque puede que sea al costo de una perspectiva más completa de la región. Vale la pena recalcar que la meta del libro no es presentar una versión completa ni definitiva del melodrama en Latinoamérica, y las omisiones mencionadas de ninguna manera quitan de la gran labor de Sadlier: este libro provee un marco histórico e introduce nuevas interpretaciones que expanden nuestro conocimiento tanto del melodrama latinoamericano como del melodrama en general.

*Hanover College*

FERNANDA ZULLO



FERNANDO A. BLANCO. *Desmemoria y perversión: privatizar lo público, mediatizar lo íntimo, administrar lo privado*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2010.

El libro que reseñamos a continuación forma parte de las investigaciones que el profesor Fernando Blanco ha llevado a cabo, principalmente en torno a los estudios de memoria y trauma, de sexualidades, así como de literatura y cultura en el Cono Sur.

El análisis de esta obra se centra en el Chile de los últimos veinte años, en el que tiene lugar una serie de transformaciones ocurridas tanto en la esfera pública como en la privada y que marcarán de manera decisiva el Chile actual. Estas dos décadas estarán signadas por los gobiernos que sellarán el paso de la transición a la democracia, después del largo período de dictadura (1973-1990): Patricio Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei (1994-2000), Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010). Una transición que, como afirma Blanco, no sólo se hizo presente en los acuerdos firmados entre civiles y militares para saldar así las deudas históricas, sino que tuvo lugar durante una de las modernizaciones más extremas ocurridas en el país desde los años cuarenta. Con el cambio de modelo económico que se impone, la acción social se orientó a la tarea de hacer suyos los principios del modelo neoliberal, lo que también implicó modificaciones en la capacidad de acceso al goce, aun cuando no al de los derechos. Dicho goce se tradujo en aumento de la capacidad económica de endeudamiento y consumo. Pero, además, visiblemente supuso una redistribución o modificación en la fisonomía de las ciudades: de los cables eléctricos y líneas telefónicas que sobrevolaban las ciudades de antaño ahora se pasa al invisible cableado digital. La virtualidad se apodera del cotidiano. En este punto de la reflexión, el autor trae a colación una anécdota protagonizada por Joaquín Lavín Infante—el actual Ministro de Desarrollo Social—, quien en 1987 había hecho referencia a las alteraciones de la “modernidad chilena” como si se tratara de una «Revolución Silenciosa»: “millones de chilenos tomando decisiones libres, con toda la información disponible, en un país conectado a un mundo que avanza a velocidad supersónica”.

Diríase, según Blanco, que sociedad y Estado se dieron a la tarea de construir una nueva moral para la nación moderna. Su articulación política, en la esfera pública de las mediaciones, les permitió administrar las diferencias producidas en la vida social. De esta manera, se regularon los fenómenos de multiculturalismo, las políticas de la memoria, el poder expansivo del proyecto neoliberal y su inserción en el marco político consensuado de la transición. Pero lo que en verdad le interesa al autor del trabajo es centrarse en la memoria, en su politización histórica y posterior exhumación legal, así como en la alteración experimentada tanto por la subjetividad individual como por la colectiva, lo que ha dado lugar a un estado de exaltación de la intimidad, o como sostiene Blanco, a una exhibición de la intimidad propulsada por los medios de comunicación.

Esta posmodernidad liberal que se proclama y se caracteriza—siguiendo al autor—por la disolución de las narrativas históricas, la modificación en el estatuto de la memoria,



la mediatización de la esfera pública, la alteración en la consistencia simbólica de lo subjetivo, no sólo como aquello perteneciente o relativo al sujeto, considerado en oposición al mundo externo, sino lo que concierne a nuestro modo de pensar o de sentir, y no al objeto en sí mismo, además de la pérdida de la consistencia de la institucionalización imaginaria del Estado y sus organismos. Todo ello se traduce en un debilitamiento del lazo social con el consecuente riesgo de anomia, carencia de normas o degradación social, por la ausencia de ley. Y es aquí, en este contexto, donde surge la figura del perverso que Fernando Blanco quiere explorar, pues su proceso de rearticulación social tras períodos autoritarios, tal como los acontecidos en Chile, le permite indagar en los modos de goce del sujeto contemporáneo. Con este fin se sumerge en aquellas narrativas en las que las figuras perversas nos permiten reflexionar sobre las metamorfosis acaecidas en los procesos normales de estructuración del lazo social. Pero, precisa Blanco, la perversión no es entendida como alteración de la conducta, sino como un estado del proceso de maduración psíquica. Por todo ello, al inicio de este libro lanza una pregunta sobre normatividad sexual, a la que irá contestando en cada uno de los capítulos: ¿en qué medida es posible concebir la sexualidad y las experiencias asociadas a ella como un factor central a los procesos de individuación, cuya réplica psíquica es capaz de mediar entre el Yo y el mundo social de maneras múltiples y diversas?

Desde un punto de vista teórico, este trabajo retoma las contribuciones de la teoría *queer* a la discusión y redefinición de los conceptos de cultura y sujeto en el campo político y cultural latinoamericano. Así como de la teoría social, que ha indagado en los últimos veinte años en las transformaciones de lo social, prefigurando el escenario multicultural globalizado en el que vivimos actualmente. Pero igualmente se ha valido de los distintos feminismos y de los estudios gay y lésbicos, a partir de los cuales se trazó una homología hermenéutica de la diferencia socio-sexual y cultural. Aunque también aprovechará las ideas del psicoanálisis, herramienta poderosa para complementar el análisis de los estudios culturales, y las teorías lacanianas.

El trabajo se divide en cinco capítulos, además de la “Introducción”, las “Conclusiones” y la “Bibliografía Crítica”. El primero de ellos, “La historia de un estado de cosas”, aborda la revisión histórica de los cambios producidos en la noción de cultura y de sujeto y, por ende, de las narraciones sustentadas en ella. En particular, discute el autor la parcial inclusión de aquellos sujetos minoritarios en las narrativas de la memoria, la violencia, la transacción y el consenso. De esta forma, llega a la conclusión de que la exclusión que se produjo marchó acorde con la progresiva privatización de los imaginarios público y privado, la caída de la memoria como pilar simbólico y el adelgazamiento progresivo de la ideología del estado de bienestar, así como el fortalecimiento de una esfera pública mediática que condiciona los modos de entender e interpretar el mundo.

En el capítulo dos, “Perversión y Subjetividad. Los mundos posibles”, explora el autor las construcciones subjetivas. La visibilización que ha producido una narrativa de la sexualidad que, independientemente del objeto de goce, se nos presenta como un



paradigma liberado y resuelto, en el que no queda más espacio para la revuelta que la confrontación del sujeto con el consumo y la estadística. Fernando Blanco habla de la presencia de un imaginario neocolonizado por los medios y también de una forma de procesar las experiencias, alejada del cuerpo social y que intensifica lo individual. Con el objetivo de observar el proceso de regulación de la moral sexual y estatal en el Chile de transición se ocupa de examinar la figura del perverso y la dinámica de la perversión en la contemporaneidad, lo que le permite interpretar nuevos modos de vinculación social, la de aquellos sujetos que insisten en resistir la normalización cultural.

En el capítulo tres, “Paisajes de cuerpo” aborda la producción narrativa del período seleccionado para detenerse en los modelos del sadomasoquismo y el sadismo, ya que le posibilitan revisar los límites y contratos psíquicos y corporales por medio de los cuales se actualiza la ley individual del liberalismo, así como observar la normalización del sujeto. Para este fin elige la novela de Sergio Ramírez, *El viudo* (1997) y la de Mauricio Wacquez, *Epifanía de una sombra* (2000), pues en ellas descubre la circulación del deseo y la construcción de identidades fuera de los marcos regulares tradicionales.

En el capítulo cuarto, “Los cambios en el estatuto de la subjetividad”, encara el análisis concreto de los contratos sexuales sadomasoquistas para observarlos como un laboratorio de los modos de subjetivación provistos por el mercado para el goce de los sujetos. En el caso de Ramírez se detiene en la crítica de la economía libidinal que organiza el reparto de identidades en el juego de los intercambios sexuales. Por su parte, en Wacquez le interesa resaltar la figura del perverso, que en este escritor se encuentra asociada a la “pasión de la memoria”.

El capítulo quinto “Artes Visuales chilenas. De la perversión de la historia a la histeria de la infancia”, se abre con una revisión de la historia reciente de las artes visuales en el país. Destaca la relación intrínseca entre discurso estético y político en las décadas del sesenta y setenta, pues, según su análisis, los discursos del arte y la política compensarán la derrota histórica de la revolución socialista. Una compensación que se llevará a cabo legitimando visualmente la documentación de la violencia estatal-militar, textualidad con la que se preserva, reproduce y proyecta el tejido de la memoria hacia un futuro utópico. Para tal fin escoge comentar la obra de tres pintores: Bernardo Oyarzún, Voluspa Jarpa y José Pedro Godoy.

Interesante trabajo que nos permite reflexionar sobre la formación de la subjetividad y la esfera pública y privada de la imaginación en el Chile de los últimos veinte años. Para finalizar queremos dejar a Fernando Blanco que concluya en cómo las narrativas de la memoria, puesta a disposición de los chilenos, se dieron a la tarea de reconstruir el tejido social, referente obligado para el paso de la cultura autoritaria a la democrática: “Estado y medios se conjugaron para tomar por asalto el tema de la memoria. Los discursos públicos y las narrativas simbólicas se toparon con la misma estrategia, repitiendo el mismo gesto. El guión consistía en exhumar los cadáveres de la historia

para descubrir la verdad de su experiencia, obturando la discusión tanto del proyecto pasado del socialismo como el de la intervención militar. Ni uno, ni otro fueron debatidos públicamente nunca. En su lugar, la ‘reconstrucción de escena’, la exhumación, la pesquisa, los interrogatorios a testigos, y toda una retórica policial coparon la entrega mediática de la memoria del trauma de la dictadura. Lo político devino show mediático. El trauma histórico, crimen. La discusión pública, búsqueda del asesino. Esta es la resignificación esencial que logra la empresa-estado. Más aún, este gran triunfo sustentó el traslape de los relatos de memoria con los de la exaltación de la intimidad puestos ambos en pantalla”. Por todo ello, el libro se cierra con una afirmación, “éste es el corolario de la pérdida inmediata de la memoria”, y un deseo: “la posibilidad de una vuelta a lo humano”. Ojalá prime lo segundo.

*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*

ÁNGELES MATEO-DEL-PINO

MARÍA MERCEDES ANDRADE. *Ambivalent Desires: Representations of Modernity and Private Life in Colombia (1890's-1950's)*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2011.

El libro *Ambivalent Desires* de María Mercedes Andrade se une al animado diálogo que se ha entablado en nuestro campo de estudios sobre los conflictos ante la modernidad y los procesos de modernización en América Latina. Desde un ángulo muy original y apoyada en una extensa investigación de archivo, Andrade examina la adopción de la modernidad en Colombia a través de las representaciones de la vida privada en documentos públicos tales como novelas, revistas literarias y memorias.

*Ambivalent Desires* presenta una imagen compleja de los primeros cincuenta años del siglo veinte en Colombia y, examina temas centrales a la adopción o rechazo de la modernidad europea así como las manifestaciones contradictorias ante el deseo de convertir a Colombia en una nación “moderna”. A través de diversos puntos de entrada, como lo son la clase social, las agendas políticas y los conflictos de género teje un argumento que establece e ilustra profusamente el impacto que las ideas modernas ejercían sobre el mundo privado de los colombianos y las diversas estrategias que se asumieron ante dichas ideas. Andrade demuestra la importancia que tiene el estudio de la vida privada para comprender con mayor precisión el “proyecto” modernizador en Colombia. Esta propuesta y su desarrollo constituyen el mayor aporte del libro, pues desde una variada raigambre teórica, Andrade argumenta la importancia de esta mirada hacia la vida privada y aporta nuevas herramientas de análisis para examinar los procesos de modernización no sólo en Colombia sino en América Latina.





Un capítulo preliminar inicia la argumentación *in medias res*, sin aparatosas disquisiciones de orden teórico, con un análisis del cuento “El paraguas del padre León” de José Asunción Silva. Este “paraguas” se extiende hasta cubrir de modo metafórico las propuestas del libro. Es el análisis de las tensiones entre tradición y modernidad aparecidas en el cuento de Silva lo que funciona a modo de marco teórico, a partir del cual se ha de desarrollar la indagación que propone Andrade. Bajo su protección se enmarcan también los propios “deseos ambivalentes” de su autora con respecto a lo que espera lograr en el libro.

Esta búsqueda, nos explica Andrade, se relaciona con su propia experiencia. Nos cuenta cómo las historias escuchadas desde su infancia la llevaron a preguntarse sobre: “the significance ascribed to such private spaces and the role that European modernity had for Colombian society” (el significado que se le daba a tales espacios privados y el papel que la modernidad europea había jugado para los colombianos) (28). Se preguntaba por qué los objetos “modernos”, tales como pianos o porcelanas finas provenientes de Europa habían recorrido esas difíciles rutas hasta llegar a las escarpadas montañas bogotanas y decorar los hogares de sus habitantes adinerados. Así pues, es especialmente interesante que al final de dicha introducción se confiese que el propósito de esta obra no es solamente el de descubrir las vidas privadas de los personajes estudiados, sino también el de examinar y comprender la propia vida de su autora. De este modo, la obra se nos presenta como una búsqueda personal a la vez que académica, en la que el lector descubre una verdadera pasión por el tema estudiado.

El primer capítulo, según el esquema cronológico que propone el libro, se inicia con el fin del siglo diecinueve y está dedicado al análisis de la novela central del canon del modernismo colombiano, *De sobremesa* de Silva, escrita en 1895 y publicada póstumamente en 1925.

La postura de Silva ante la modernidad y sus dudas sobre la adopción de dichos modelos quedan reveladas en el análisis que realiza Andrade sobre el hogar del protagonista y el espacio aún más íntimo de su habitación. El espacio privado que ocupa José Fernández, el protagonista de Silva, es según Andrade, no sólo un espacio sino un modelo del pensamiento moderno en el que se demuestra el cosmopolitismo del personaje. El deseo de coleccionar objetos preciosos de múltiples procedencias exóticas constituye en sí mismo, una forma de conocimiento y define la identidad del coleccionista. Es decir, que esta colección de objetos útiles e inútiles le otorga al personaje la posibilidad de poseer y organizar los objetos dentro de su propio museo de prioridades y de actividades que lo definen como un “colombiano moderno”.

El libro continúa con las representaciones de lo moderno en la revista *El Gráfico*, publicada en 1920; una colección de memorias autobiográficas del intelectual bogotano Tomás Rueda Vargas escritas entre 1919 y 1943; y las novelas de tres colombianas: Manuelita Mallarino Isaacs (1930), Juana Sánchez Laforie (1941) y Fabiola Aguirre

(1951). El último capítulo examina la representación del espacio privado en tres novelas del colombiano Ignacio Gómez Dávila, publicadas entre 1952 y 1956.

Andrade argumenta con claridad que las representaciones de lo femenino, tradicionalmente relacionadas con el ámbito privado, se conectan en realidad con los más importantes conflictos sociales enfrentados por Colombia al adoptar la modernidad. Esto se hace evidente en su lectura de los artículos de *El Gráfico* y en el análisis de las novelas de las escritoras colombianas. En el caso de *El Gráfico*, vemos como se promueven la moda y la construcción de la mujer como consumidora en el mundo moderno, en tanto que el temor al cambio obliga a los autores de varios artículos a criticar duramente cualquier alteración en el papel que desempeña la mujer cuando éste se aparta del tradicional “ángel del hogar”. Así pues, se hace evidente que los intentos por definir a la mujer o por comprender las relaciones entre mujer y nación se encuentran limitados por la ideología “ambivalente”, que desea incorporar a la mujer en el mundo moderno y mantenerla a la vez atada de manera permanente a las tradiciones culturales del “marianismo”.

Por otra parte, las novelas de las escritoras analizadas muestran el desarrollo de los diversos conflictos enfrentados por la mujer colombiana cuando ésta intenta adoptar los ideales de la modernidad, a la vez que preservar los valores tradicionales con los que fue educada. Desde su lectura de la primera novela *Memorias de Marcela* (1930) hasta la última del grupo, la de Aguirre, *Dimensión de la angustia* (1951), Andrade logra demostrar que el proceso que se lleva a cabo al interior de los hogares colombianos en esos veinte años afecta a la vez la vida pública de la nación. Tal es el caso del personaje de la novela de Aguirre (1951), quien se convierte en una mujer profesional involucrada en la vida política. Como feminista, ésta promueve el papel que ocupa la mujer en la sociedad fuera del hogar y sin embargo, a la vez, defiende el papel esencial que juega la maternidad en la vida femenina. Cada una de las protagonistas de estas novelas se nos presenta encuadrada en una ambivalencia que varía a medida que el siglo avanza y que el lugar de la mujer en la sociedad se transforma.

Quizás el menos logrado de los capítulos sea el que discute la escritura autobiográfica de Tomás Rueda Vargas. Al intentar probar que en sus *Memorias*, Rueda Vargas subvierte el modelo “moderno” de la autobiografía, Andrade en mi opinión, se pierde en el esfuerzo por definir los modelos de autobiografía ante los que intenta situar el trabajo del intelectual bogotano. Aunque el capítulo contribuye al desarrollo del tema central del libro, mostrando relaciones entre la reconstrucción de la vida privada y la intención de hacerlas ejemplo público en el caso de Rueda Vargas, el intento dominante de probar la originalidad del modelo opaca la argumentación de otros temas más contundentes. Es verdad que uno de los hilos conductores y argumentos del libro es que los modelos textuales adoptados en América Latina difieren de los propuestos por la modernidad europea, pero esta propuesta, que ha sido argumentada anteriormente con mejores



resultados, no parece tan bien lograda ni aporta tanto al campo de los estudios sobre la modernidad como lo hace el estudio de la vida privada.

Para resumir, en estos capítulos se demuestra que las ideas modernas en los textos masculinos contrastan con sus expectativas sobre el espacio privado: un lugar tradicional, seguro, algunas veces maternal y protector en el que se nutre al sujeto. Mientras para los hombres, como demuestra en el análisis de *El Gráfico* y las *Memorias* de Rueda Vargas, la intrusión de la modernidad en el espacio privado es una amenaza, para las mujeres, el espacio privado se imagina como una prisión, pues es limitante e impide la adopción de los ideales modernos que ellas encarnan ya de cierto modo.

El último capítulo, titulado “The Modern Interior as Nightmare in the Work of Ignacio Gómez Dávila” (“El espacio interior moderno como pesadilla en la obra de Ignacio Gómez Dávila”) sugiere que el “sueño” moderno propuesto por la novela de Silva a fines del siglo XIX se ha convertido para mediados del XX en una “pesadilla”. Este juego de palabras creado con los títulos del primer y último capítulo enfatiza eficientemente las transformaciones políticas e ideológicas que ha sufrido Colombia en los cincuenta años estudiados por Andrade. En este último periodo se da, según la autora, un cambio radical en la historia cultural y política de Colombia definido por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (1948), y el levantamiento popular que se produjo con motivo de su muerte y que se conoce desde entonces como “el Bogotazo”. Este capítulo propone que las novelas de Gómez Dávila revelan una nueva fase en el proceso de modernización en Colombia, a partir de la cual el tema de la modernidad se vincula a la violencia.

Una de las contribuciones más interesantes de este libro es que todos los ejemplos analizados, con excepción de la obra de Silva, son el resultado de un trabajo extenso de investigación a través del cual Andrade redescubre material que había sido poco estudiado u olvidado por completo. Este acervo textual abre nuevas posibilidades y enriquece el campo de los estudios literarios y culturales colombianos.

*Ambivalent Desires* es, en última instancia, un libro muy bien escrito cuya argumentación está delineada de manera consistente y precisa. Andrade, a la vez que aporta una concisa y oportuna presentación del marco histórico en el que se sitúan los textos estudiados, logra una mirada original y ofrece herramientas para comprender mejor las complejidades y contradicciones que definieron la adopción del proyecto de la modernización en Colombia.

Lesley University

CLARA EUGENIA RONDEROS



CATHERINE BURNS. *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru*. Durham: Duke University Press, 2010.

*Into de Archive* es, fundamentalmente, un manual para un uso no ingenuo de fuentes notariales en archivos coloniales latinoamericanos. En años recientes trabajos de distintas disciplinas, incluyendo la historia, la antropología y la filosofía, han señalado la necesidad de hacer estudios etnográficos del archivo. En tanto que muchos de los mismos dirigen la etnografía a examinar las relaciones entre el archivo y estructuras de poder mayores o exteriores al mismo (como estados o imperios), Catherine Burns se interna en el archivo para examinar las prácticas materiales a través de las cuales las cosas adquirían un carácter oficial. Su objetivo principal es poner de manifiesto que los documentos no deben ser tomados como simples ventanas que permiten ver el pasado ya que no son fieles registros del mismo sino productos del trabajo de personas, y como tales tienen la impronta de esta agencia. Sin embargo, la autora no se propone cuestionar los resultados a los que los historiadores llegan a través del uso de esos documentos, sino señalar la complejidad que estos últimos tienen con el fin de lograr una lectura más sofisticada de los mismos. De este modo, los investigadores pueden mirar, simultáneamente, a los documentos en sí, y al pasado a través de los documentos. Toda vez que los archivos dejan de ser simples ventanas y pasan a ser tableros de ajedrez (“chessboards”, 124), antes de zambullirse en los mismos es recomendable que los investigadores sepan tanto las reglas que gobernaban el juego (la producción de documentos) como los movimientos (“gambits”, loc. cit.) que los jugadores hacían.

Partiendo de la base de que los archivos coloniales latinoamericanos están en su mayoría sostenidos por la escritura legal, y que su agente principal era el notario, el libro se enfoca en los mismos –su formación, prácticas, redes de relaciones, intereses, etc.–. El contraste entre la producción de documentos de acuerdo a la forma en la que la misma debía en teoría ocurrir y la forma en que la misma de hecho ocurría organiza el estudio. Este contraste se pone de manifiesto al examinar, por un lado, los manuales referentes a la actividad legal, en particular aquellos relativos a las prácticas procesuales y notariales, y por otro, prácticas notariales concretas que eran discordantes. Las últimas están tomadas, en su gran mayoría, de los registros notariales del Archivo Regional del Cuzco, Perú. Si bien el marco temporal de ambas fuentes se extiende desde mediados del siglo XVI a fines del siglo XVIII, el análisis es sincrónico.

El orden de los capítulos sigue el esquema ya señalado. El primer capítulo estudia los procedimientos establecidos en manuales, y tiene un doble foco. Por un lado, examina las reglas concernientes a la interrogación de testigos, las técnicas que debían utilizarse durante los interrogatorios, las formas más eficaces de hacerles prestar juramento para que sus deposiciones fueran veraces, y el modo en que sus testimonios debían ser registrados –si textualmente, sumariamente, o una combinación de ambos–. Por otro



lado, examina la forma que los documentos notariales en sí debían ser producidos –la función de las minutas, las enmiendas, el paso a su forma final, y el uso de patrones formulaicos–. De acuerdo a la autora, estos ejemplos ponen de manifiesto que lo que los notarios hacían no es simplemente registrar las voces del pasado, sino darles una forma concreta.

El segundo capítulo presenta las biografías de algunos notarios cuzqueños. El objetivo es mostrar que, aunque los notarios coloniales tenían fama de ser corruptos o parciales, sus prácticas no eran un reflejo de su codicia sino el resultado de las distintas redes de relaciones e intereses de las que formaban parte, a las cuales la autora llama “grupos de poder” (“power groups”, 46), una expresión que toma de Steve Stern. Ejemplos de personajes prominentes del Cuzco colonial muestran que los notarios eran miembros de organizaciones de carácter religioso (fraternidades, órdenes, etc.), activos agentes mercantiles, o tenían relaciones cercanas con funcionarios con poder político y legal, como los corregidores. La compra de oficios y su transmisión a familiares, elementos centrales de la vida de los notarios, eran parte integral de estas redes.

El tercer capítulo contrasta la forma ideal establecida en los manuales con prácticas notariales concretas. Los ejemplos incluyen la delegación de tareas en aprendices que sin embargo eran firmadas como en presencia del notario, la práctica de firmar hojas en blanco, tanto por parte de clientes como de notarios, los borradores de declaraciones de testigos luego resumidas y tenidas como transcripción literal, los testimonios tomados y jurados un día y transcriptos otro día, y las declaraciones firmadas sin leer. Los raros procesos legales originados en los casos en que algunas de estas prácticas fueron cuestionadas ponen en evidencia, de acuerdo a la autora, la importancia que tenía la noción de “costumbre” (“custom”): no es que las prácticas en cuestión fueran desviaciones excepcionales, ejemplos de la corrupción o desidia de individuos específicos, sino que eran parte de la forma en que la profesión funcionaba. Esto pone de manifiesto, una vez más, que las voces del pasado no llegaban a los archivos ni de modo directo ni necesariamente fiel al original.

El capítulo cuatro examina también la diferencia entre la forma ideal y la práctica, pero destacando la agencia de los clientes. A pesar de que los documentos notariales parecen establecer el estatus legal de ciertas cosas, y en ese sentido ser incontrovertibles, a menudo los clientes podían manipular el resultado. Los ejemplos incluyen dos clases de manipulaciones: aquellas que tenían lugar antes de la producción de los documentos y aquellas que tenían lugar luego de la misma. Las primeras incluyen la ocultación de información al notario, los acuerdos confidenciales entre clientes (“confidencias”) y las contracartas, que hacían que los documentos no fueran lo que parecen ser, y las “exclamaciones”, que establecían la invalidez de futuros documentos concernientes a asuntos específicos que pudieran ser contrarios a la voluntad de una persona a pesar de que la misma pareciera dar su consentimiento. Los documentos notariales podían,



asimismo, ser cuestionados luego de haber sido producidos. Ejemplos de los mecanismos usados en estos siglos incluyen los “distratos” (anulaciones), el cuestionamiento del estatus legal de las partes, incluyendo los alegatos de insanidad, y el simple robo de documentos. Estos ejemplos ponen de manifiesto que un documento puede no ser lo que pareciera a simple vista.

El último capítulo es una puesta en práctica del argumento del libro: presenta una serie de ejemplos de escritos notariales en los que las nociones antes presentadas permiten dar más de una lectura posible a transacciones aparentemente transparentes, y no necesariamente la más evidente. En cada caso, la autora no ofrece una solución a la incertidumbre resultante sino que la resalta con el fin de contribuir a que la lectura de documentos sea imaginativa y no literal.

Aunque el libro se centra en la relevancia de las prácticas notariales del período colonial algunas de sus reflexiones tienen importancia en el siglo XXI. Todo investigador de temas coloniales sabe que la mejor manera de proteger un documento es no describirlo. Esto es particularmente cierto en el caso del Archivo General del Cuzco. Basta contrastar las listas de documentos coloniales relativos a incas publicadas por Jesús Covarrubias Pozo en la *Revista de Archivo Histórico del Cuzco* con los legajos en los que dichos documentos deberían estar para constatar la forma sistemática en que han sido cortados y robados. Es por eso que quiero destacar la valentía de Catherine Burns al extender sus reflexiones sobre los archivos al día de hoy; como ella narra en el Epílogo, las prácticas ilegales, incluyendo la venta de documentos originales, son aún hoy moneda corriente y, paradójicamente, una constancia notarizada sigue siendo un recurso necesario.

*University of Pittsburgh*

GONZALO LAMANA



RUBÍ CARREÑO, eda. *Diamela Eltit: redes locales, redes globales*. Santiago de Chile: Nuevo Hispanismos, Pontificia Universidad Católica, 2009.

*Diamela Eltit: redes locales, redes globales* puede ser entendido como la culminación de una larga tarea de exploración crítica acerca de la obra de Diamela Eltit, trabajo que ha ocupado a un importante número de críticos, académicos, escritores y estudiantes de postgrado de muchas partes de Latinoamérica y los Estados Unidos. Se trata de un texto que nace como consecuencia del *Coloquio Internacional de Escritores y Críticos: Homenaje a Diamela Eltit*, organizado por la Facultad de Letras de la Universidad Católica de Chile y que se llevó a cabo en la ciudad de Santiago de Chile en octubre del 2006. Sin embargo, el texto en sí mismo como documento impreso no habría sido posible sin el esfuerzo de su editora, Rubí Carreño (Universidad de Chile), quien organizó la publicación de los trabajos de un destacado número de críticos que participaron en dicho Coloquio y que exploran con rigor y en detalle la obra de la escritora chilena desde muy distintas aproximaciones críticas, teóricas y experienciales. Como la misma editora explica, el libro se divide en cinco secciones. La primera, “Reconocer su propia cara”, reúne los textos que dan cuenta globalmente de la poética de Eltit. La segunda, “El arte de la intención”, aborda problemáticas específicas de la producción de Eltit como, por ejemplo, lo maternal, las prácticas de la alienación, estrategias de dominación y resistencias corporales, entre otras. La tercera parte, “Lo que persiste en su mano encerrada”, explora la relación entre la narrativa de Eltit y lo testimonial y las problemáticas de la representación. En la cuarta sección, “Inversión de escena”, se proporcionan otros contextos (artísticos o históricos) que permiten acercarse a la obra de Eltit desde territorios tales como las prácticas de la Avanzada, las reinventiones del teatro chileno y la memoria compartida. Finalmente, el libro cierra con la sección “Se hace arte para no morir”, que reúne los textos de escritores o estudiantes que han tenido una relación directa, ya sea creativa o académica, como la autora chilena (12).

Al ser *Diamela Eltit: redes locales, redes globales* no sólo un texto paradigmático que permite lecturas distintas y dialógicas entre sí, sino también la culminación del trabajo crítico de diversos colectivos que han contestado con su práctica crítica los discursos hegemónicos y las articulaciones represivas del poder político y económico latinoamericano, vale la pena destacar dos logros puntuales de este texto. Primero, la lúcida organización del material obedece a una clara articulación crítica que permite una lograda claridad expositiva para el lector. Las cinco secciones mencionadas más arriba articulan una aproximación –si no completa, plural– a la obra de Eltit. También resulta importante que este texto crítico no haya obviado la relación creativa y también artística de la autora con otros autores y críticos. No sólo eso, sino que además incorpore un texto final de la misma Diamela Eltit que habla de su relación personal con la práctica literaria, “Literatura y tiempo”. Por otro lado, *Diamela Eltit: redes locales, redes globales* agrupa



un grupo de destacados críticos tanto de la academia latinoamericana como la americana, entre los que cabe destacar a Eugenia Brito, Rodrigo Cánovas; la misma editora del texto, Rubí Carreño, Gwen Kirkpatrick, Patricio Lizama, Lina Meruane, Julio Ortega, Kemy Oyarzún, y por supuesto, Nelly Richard, entre otros. Dentro de este contexto, el texto editado por Rubí Carreño es un acierto crítico y un texto obligado y necesario para cualquiera que desee, desde ahora en adelante, investigar la obra narrativa, ensayística de Eltit o la bibliografía crítica escrita sobre la autora chilena.

Las claves interpretativas de este texto sobre Eltit están prefiguradas en el artículo de la misma editora del texto: “¿Qué eres? Una torpe, alerta, alarmada, pasafronteras?”. Carrero advierte que aún en este siglo las escrituras marginales (léanse negros, pobres, homosexuales, indígenas, espaldas mojadas, etc.) son todavía “leídas” desde la hermenéutica de la sospecha, se inquietan las agencialidades no sólo del cuerpo textual sino de quién escribe y, muchas veces, desde dónde escribe. Lectura dual y obligatoria muchas veces. Estas escrituras marginales y marginalizadas –en constante relación de impugnación con los cánones dominantes represivos– tienen que devenir necesariamente por su naturaleza disidente en escrituras políticas, de ahí su doble valor, como documento narrativo, ficcionalizado, pero también como exploración del cuerpo político, de sus llagas y sus huellas traumáticas. Carreño nos pone en guardia, sin embargo, porque la pregunta que surge de este texto es también “¿Cómo leer a Eltit en el 2012?”. Carreño, dentro de este contexto, explica que estas mismas hermenéuticas de la sospecha y, en especial, aquellas lecturas congelantes y paralizadoras quieren –o insisten– en ver a Eltit como una escritora fiel a una suerte de postulado propio que se destaca por una coherente secuencia temporal en una actitud contrahegemónica. Primero, por su feminismo, segundo, por su lucha contra la dictadura del General Pinochet y tercero por ser una voz disidente en contra de las prácticas neoliberales que han afectado no sólo a Chile en los últimos 30 años, sino a toda la región. Es aquí donde Carreño ve el mayor peligro de estas lecturas, no de quienes atacan la escritura de Eltit, sino de quienes la leen y reivindican como la figura que mejor encarna a la “profeta del margen” (14). El peligro de esta lectura es el de convertir a Eltit en una representación ficcional que termina confirmando al lugar naturalmente marginal de la victimización que “correspondería” a la mujer en términos de poder. La lectura de Carreño es aguda y nos invita a pensar y a leer a Eltit no desde el discurso de los “informantes nativos del horror”, sino como lo que es, la expresión de una poética en constante movimiento, esto es, una poética cuyas prácticas literarias y políticas se han ido desplazando, desarrollando, transmutándose ante los continuos desafíos literarios que le ha impuesto la misma literatura latinoamericana a su propio proyecto escritural (14). No es menor, entonces, recordar que la lectura de estos textos que tantas veces se leen como documentos de las zonas sociales de la exclusión y abyección, tanto política como económica de un país como Chile, aceptan –e imponen– una lectura, en primer lugar, literaria. Y es esto lo que la multiplicidad de





visiones y aproximaciones que contiene *Diamela Eltit: redes locales, redes globales* nos quiere recordar: que ante todo estamos frente a una escritora, a una artista que posee una insoslayable importancia literaria dentro del canon y contracanon de la literatura chilena y latinoamericana.

Este sería, entonces, el punto de partida para la lectura crítica de *Diamela Eltit: redes locales, redes globales*: la literatura. La misma Eltit da cuenta en este texto de su relación con la literatura y el hacer literario. Para la escritora chilena esta relación está cifrada con la letra literaria que emerge de la conflictiva realización del deseo que quiere plasmarse en la página en blanco. Eltit nos recuerda que el trabajo literario también se da en el fracaso, un fracaso que, por supuesto, hay que observar y escrutar dentro de la página escrita. Para Eltit no hay un “afuera”. Pero este fracaso puede contener en sí una nueva posibilidad para la escritura: permite la escritura en cuanto deseo, al escritor así le es permitido volver sobre la escritura incumplida para repetir ese acto escritural y nostálgico, ritual y anómalo, que no puede evadir, y que le dice que él/ella es el poseedor, finalmente de una estética como punto de partida, elemento que debiéramos ver en la escritura de Eltit como anterior a cualquier imposición de una escritura política y/o exploradora de esos imaginarios truncos y truncados de la historia de Chile. Dice Eltit: “Hablo después de todo lo que sucedido y lo que no ha sucedido (me arriesgo a utilizar un término político) de una praxis, de un hacer tumultuoso, pero cifrado. Lo que quiero acotar es que, desde mi perspectiva pensar en la escritura y sus fragmentos de catástrofe, exime o expulsa el impacto que produce el afuera, aminora el efecto de la recepción pública de la letra” (346). Si no hay un afuera para esta letra, quizás lo único posible es “ubicar” –como afirma Eltit– un afuera social para que la letra pueda dar cuenta de su grafía a través de “sus modos de producción, en el contexto y sus dilemas” (346). Sin embargo, la relación de Eltit con la letra pasa también por escrutar su relación de quiebre con el significado traumático del Golpe militar de 1973, desgarradura histórica que marca el comienzo no sólo de la escritura de Eltit, sino la de muchos otros escritores y artistas que se agruparon en el CADA o que después fueron agrupados en lo que la crítica literaria y de arte llamó la Neovanguardia. Allí, en este hecho histórico, se produjo el quiebre definitivo entre escritura y Estado; es el momento de la aparición del mercado neoliberal a favor de políticas que dejaban atrás las prácticas públicas de una cultura basada en lo nacional que tanto habían caracterizado al Estado chileno hasta antes del 73. Eltit destaca el significado de esta nueva etapa en la vida civil de los chilenos y que está directamente relacionada con su proyecto escritural: “Lo que quiero expresar es que la sociedad chilena entera ingresó en el proyecto comercial y este ingreso escribió pautas, políticas y estrategias de posicionamiento culturales” (347). Esta reflexión inevitable hace pensar a quienes han leído a Eltit que su escritura está impregnada de una historia no oficial que va desde el Golpe militar hasta la transformación del entramado de lo social producto del sistema neoliberal implementado durante la dictadura, y esta exploración



a los sótanos de la infrahistoria de Chile ha requerido de una escritura capaz de dar cuenta de traumas y desgarraduras que podían haber terminado por aniquilar a la misma escritura que buscaba revelarlas. Pero la escritura de Eltit, tantas veces fragmentada –o, más bien, dislocada– ha sido como un espejo escritural y cultural que ha convocado en la palabra, en la grafía desgarrada, el trauma de una sociedad herida y fragmentada en su propio hacer, una sociedad sin voz, aplastada y marginalizada por la insistencia de poderes de diversa procedencia hegemónica. Es una escritura-espejo cuyo reflejo no todos los chilenos quieren ver, allí están las zonas oscuras, lo no dicho, lo silenciado, el dolor y la palabra del dolor, pero también algo más, un nuevo lenguaje, complejo, denso, armado de retazos, de sedimentos del habla, que no puede ser sino caracterizado por la presencia de una densidad lingüística tanto polivalente como que debiéramos ver en ella un reflejo de la presencia de una densidad tanto política, pero también radica, esta exploración de la escritura ítica como poética.

Así, Diamela Eltit, después de haber transitado por más de treinta años de escritura no exenta de polémicas y resistencias, se ha convertido en lo que ella misma afirma ser, una escritora chilena. Pero no sólo eso, este texto fundamental: *Diamela Eltit: redes locales, redes globales*, nos confirma que Diamela Eltit es más que eso, es también una de las voces más importantes de la literatura latinoamericana actual.

*University of Oklahoma*

MARCELO RIOSECO

